

La Razón de Expresión Espiritual

por Raúl Cruz-Mireles

Vivimos tiempos aciagos. El Imperio del hombre-masa (entendido en el sentido que Ortega y Gasset le confiere en ese portento de claridad racionalista que constituye la totalidad de su obra) es hoy una dolorosa realidad en nuestra sociedad; un nefasto evento que ha terminado por establecer sus criterios, sus limitaciones y sus paradigmas en cada aspecto de la vida occidental contemporánea.

Ese ser humano *satisfecho, vulgar y mediocre* que resulta ser el hombre y la mujer-masa se atreve a afirmar el día de hoy, sin ningún pudor, como si se tratase de un comentario sobre el clima o sobre el último partido de fútbol, que por lo que hace a la comprensión del cosmos, el camino ya está andado, las respuestas obtenidas y que no queda nada más que conocerlas, aceptarlas y vivir de acuerdo a ellas.

Si acaso, los diversos tipos de hombres y mujeres-masa diferirán en cuanto a la *naturaleza* de las *respuestas específicas*, pero no en la intransigencia, ceguera o mediocridad con la que se aferrarán a esas “respuestas”.

Para el hombre-masa ateo (porque también el hombre-masa se presenta en diversas modalidades) la respuesta es contundente, clara y definitiva: “La antigua alianza está rota; el hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte.”¹

Para el hombre-masa creyente, la respuesta, aunque opuesta, es igual de contundente: “Mi Dios –el único Dios verdadero- te conmina a vivir según sus reglas, a que abandones tus convicciones, te conviertas a las mías y goces de la sempiterna dicha divina; porque de no hacerlo, sufrirás las consecuencias de tu impiedad.” Poco importa el nombre o la naturaleza de la divinidad, el hombre-masa actuará igual sea él cristiano, musulmán o santero.

Entendámonos bien, las dos posturas anteriores son *ambas* propias de un hombre-masa porque lo que caracteriza al hombre-masa no es tanto aquello que dice creer (si es que por ventura es capaz de poseer verdaderas creencias y no meros asentimientos anímicos), como la *forma* en que lo cree, así como *los motivos* por los cuales lo cree.

¹ **Monod, Jacques.** *Le Hasard et la Nécessité.* Editions du Seuil, Paris, 1970. (Existe al menos una traducción al español: *El azar y la necesidad.* Seix- Barral, Barcelona, 1994)

Vivimos tiempos de crisis. De crisis entendida ésta con su sentido de categoría histórica; como un periodo cronológico específico de una modalidad radical en el cual el hombre se siente absolutamente confundido, vaciado de certezas, totalmente desorientado, completamente perdido. Desde principios del siglo XX el hombre occidental no acaba de poner el pie en la siguiente *Época de Oro*, en la siguiente *Era de Estabilidad*. Abandonó la modernidad y aún no sabe a dónde le dirige esta etapa que sólo acierta a etiquetar, desde el fondo de su incapacidad para otear el futuro, como *Postmodernidad*.

Ikram Antaki, sin embargo, haciendo uso de su gran inteligencia y capacidad de observación, acertó - aunque sin reconocer su carácter inherente de *crisis*- al nombrar a nuestra época con el mote más adecuado: "La amplitud de los cambios que se están dando me sugirió llamarla *Segundo Renacimiento*."²

Porque existe, a mi entender, un motivo aún más básico para denominar así a nuestra época. Si, como le parece evidente a tantos autores, el periodo histórico que Jacobo Burckhardt enmarcase tan precisamente y que Giorgio Vasari motejara originalmente como *Renacimiento* (c.1350 - c.1650), no fue otra cosa que un formidable y dilatado periodo de crisis entre el Medioevo y la Modernidad, nada mejor que denominar a nuestra época, que no es otra cosa que un periodo de crisis entre la Modernidad y una época aún no realizada, pero que se vislumbra y está en formación por doquier, como un *Segundo Renacimiento*.

Vivimos tiempos terribles. Inmersos en un periodo de crisis en el cual el Imperio del hombre-masa gobierna en occidente hasta los más nimios detalles de la vida cotidiana, la posibilidad de *ser*, de tener realmente, en toda su extensión y con toda su grandiosidad, la vida de un verdadero ser humano *pensante*, se aleja vertiginosamente de nosotros.

Lejos quedan los días en que hombres como Platón, Santo Tomás o Ibn-Rushd abrevaban en las más diversas filosofías, ciencias y religiones con *el único propósito de comprender el por qué de la existencia humana, del cosmos y ¿por qué no? de los dioses mismos*.

Para el hombre-masa de este *Segundo Renacimiento*, la ciencia, la religión y el quehacer filosófico no son ya *tan sólo* tres de las herramientas que la humanidad ha logrado desarrollar afanosamente a lo largo de los siglos para tratar de comprender el universo que habitamos. No. Para este hombre y mujer promedio estas actividades no son otra cosa que compartimentos estancos, sin ninguna relación el uno con los otros, que sirven únicamente para ser usufructuados en todo aquello que puedan proveer para el *bienestar del cuerpo y de los sentimientos*.

² Antaki, Ikram. *Segundo Renacimiento. Pensamiento y Fin de Siglo*. Joaquín Mortiz, México, 1992.

Y es precisamente por esto que para esa mentalidad *masa* la ciencia es infinitamente superior –*más útil*– que la religión, y ésta a su vez resulta preferible al quehacer filosófico, el cual aparece como algo absolutamente inútil, y por tanto, prescindible. He ahí el porque los gobiernos contemporáneos pueden suprimir los estudios históricos y filosóficos de los diversos planes de estudio universitario sin mayor análisis *político* o *resistencia social*.

En la “cultura” de estos hombres y mujeres-masa la ciencia es buena porque hace la vida más fácil y segura, mientras que la religión resulta aceptable porque es capaz de brindarle tranquilidad a las mentes acongojadas y a las almas atormentadas.

Pero resulta que tanto la ciencia, como la religión y la filosofía fueron concebidas con miras más altas, por hombres y mujeres que buscaban explicaciones últimas y absolutas al porqué, al cómo y al cuándo de la existencia de todas las cosas.

Suponer que estas explicaciones ya se han logrado, y que ahora tan sólo resta *disfrutarlas*, no es más que otra de las absurdas suposiciones del hombre-masa. Poco le importa a ese hombre promedio el que las más diversas ciencias arriben constantemente a conclusiones que invalidan o por lo menos cuestionan fuertemente las explicaciones filosóficas o religiosas ancestrales, bastándole suponer, sin que medie crítica alguna, que las ciencias, por ser de más reciente cuño, o por impactar de una forma tan contundente en los procesos de la vida cotidiana, tendrán siempre la razón frente a cualquier otra forma de conocimiento.

Tampoco le importa el por qué de la existencia de tal diversidad de religiones en el mundo actual; si es que Shiva o Vishnú conviven con Buda o con Cristo en los lugares espirituales, o si por ventura el universo está vacante de dioses y no es otra cosa que un inmenso estallido primigenio sin motivo último alguno.

Si el hombre y la mujer-masa se contentasen con tener ellos, en lo obscuro de sus mentes privadas, esas opiniones personales, sin sentir la enorme necesidad de imponerlas y establecerlas como la última palabra a nivel mundial, poca razón tendría de existir esta revista electrónica.

Pero resulta que semejante conducta es imposible para el hombre-masa. El hombre masa no piensa, “traduce necesidades en conocimientos”³ para usar una frase de Bachelard, y como este hombre *necesita*, para poder sentirse seguro, tener la *sensación* de que tiene razón, *decreta* por lo tanto la realidad, la verdad; y bajo el lema absurdo de que tal o cual opinión está “científicamente demostrada” declara ilegal el ponerla en duda, el tratar siquiera de revisarla.

³ Bachelard, Gaston. *La Formation de l'esprit scientifique*. Vrin, Paris, 1938. (*La formación del espíritu científico*. Siglo XXI, México, 2001).

Como afirmase, en otro contexto y con otra intención, François Jacob, pionero de la biología molecular y premio Nobel de Fisiología y Medicina de 1965: “La Biología, como las restantes ciencias de la naturaleza, ha perdido hoy muchas de sus ilusiones. No busca ya la verdad, *construye* la suya.”⁴

He aquí la explicación última del porqué resulta posible que en varios países europeos sea considerado ilegal y punible cambiar cierta versión histórica de una parte de la Segunda Guerra Mundial –el holocausto -. ¡Las cortes de justicia decretando de qué manera ocurrió la historia! Un ejemplo más - terrible, patético, muestra clara de la más absoluta barbarie- del Imperio contemporáneo de los hombres-masa.

Vivimos, además, tiempos abyectos. Tiempos en los que el hombre-masa, no contento con pervertir, aún al grado de llegar a inutilizar, los mejores logros de épocas pasadas, se regodea degradándolos hasta conseguir que funcionen apoyando todo aquello contra lo que fueron diseñados.

Tomemos, por ejemplo, el *summum bonum* de la era inmediata anterior, la *actitud mental* que, a partir de Renato Descartes, constituye la esencia misma del método científico, y que es por lo tanto *el producto máximo* de toda la Modernidad: ampliar la experiencia y coordinar el saber *de una manera incesante*, valorizando a cada paso la dialéctica de la revocación.

Un solo ejemplo de la perversión de este criterio debiera bastar:

Hacia el final de la era Moderna Charles Darwin se atrevió a sugerir una explicación novedosa sobre la diversidad biológica que no únicamente parecía plausible a la luz de las evidencias que invocaba, sino que ofrecía además la primera visión alternativa a las explicaciones teístas que la mentalidad moderna encontraba tan cuestionables, porque se presentaban con un carácter de explicaciones finales, acabadas, blindadas ante cualquier intento de revocación.

Por tanto, para el hombre interesado en explicarse el cosmos desde el *zeitgeist* modernista, era precisamente este carácter de falsabilidad, de revocabilidad, lo que desde un punto de vista estrictamente epistemológico le confería a la teoría evolutiva un valor que la hacía *metodológicamente* preferible por sobre las antiguas explicaciones teístas.

Sin embargo, con el final de la era moderna y el establecimiento del Imperio del hombre-masa, la gran mayoría de los hombres y mujeres de ciencia (que son, como es bien sabido, uno de los tipos más acabados de hombre-masa) degradaron aquella portentosa y fructífera teoría al nivel de inútil *dogma*.

⁴ **Jacob, François.** *La logique du vivant: Une histoire de l'hérédité.* Gallimard, Paris, 1970. (*La lógica de lo viviente.* Salvat, Barcelona, 1986).

Sé muy bien que alguno querría deslizar aquí la palabra *paradigma*, como si una discusión *hipócrita* sobre apelativos hiciera alguna diferencia. Pero un dogma, sin importar el ámbito en que éste se presente, no es otra cosa que el intento fútil de imponer por la fuerza una idea cuando las evidencias no bastan. Cuando la razón se revela ante los supuestos argumentos.

Y es esto precisamente lo que ha ocurrido, porque algunos de esos hombres y mujeres-masa, inconformes o desilusionados con las explicaciones religiosas tradicionales sobre el origen y el objetivo último del ser humano, encontraron que la teoría evolutiva podía resolver su problema; pero no satisfechos con ejercer su legítimo derecho de hacer de ella “un elemento mitológico clave en las filosofías antisupernaturalistas que funcionan como religiones virtuales”⁵, decidieron además tratar de imponerla *con ese carácter* al resto de los seres humanos.

Este problema rondaba en la mente de Karl Popper cuando afirmó, en su obra autobiográfica *Unended Quest*: “he llegado a la conclusión de que el darwinismo no es una teoría científica comprobable, sino que es más bien un *programa metafísico* de investigación; un marco posible para teorías científicamente verificables. Supone la existencia de un mecanismo de adaptación y nos permite incluso estudiar en detalle el mecanismo en acción. Y hasta la fecha es la única teoría que hace eso... Sin embargo, en la medida en la que el darwinismo crea esa misma impresión [de haber alcanzado *la explicación final*] ya no resulta mucho mejor que la visión teísta de la adaptación; es por lo tanto importante mostrar que el darwinismo no es una teoría científica, sino metafísica.”⁶

Por supuesto, en un sentido estricto, la última frase sólo resultaría verdadera en el caso –tan difundido en la *praxis* científica contemporánea, sin embargo- de que se le confiera a alguna de las diversas formulaciones de la teoría evolutiva (el neodarwinismo clásico, el equilibrio puntuado, la deriva génica, etc.) un carácter dogmático.

Que el mismo Popper recapacitó sobre ello consta en un artículo publicado en la revista *Dialectica* un par de años después: “Aún creo que la selección natural funciona como un programa de investigación. Sin embargo, he modificado mi opinión sobre la posibilidad de comprobación y el *status* lógico de la teoría de la selección natural; y estoy agradecido de tener la oportunidad de retractarme... la teoría de la selección natural puede llegar a ser formulada de una manera que llegue a estar lejos de ser tautológica. En este caso no sólo es susceptible de ser comprobable, sino que resulta no ser universalmente cierta. Parecen existir excepciones, como ocurre con tantas otras teorías biológicas; y considerando el carácter azaroso de las variaciones sobre las cuales actúa la selección natural, la existencia de excepciones no resulta sorprendente.”⁷

⁵ Marsden, George M. *Creation versus Evolution: No Middle Way*. Nature 305: 571-574. 1983.

⁶ Popper, Karl. *Unended Quest*. Open Court, LaSalle, Ill., 1976.

⁷ Popper, Karl. *Natural selection and the emergence of mind*. Dialectica 32:344-352. 1978.

Pero en la actualidad el *establishment* científico, compuesto como está, básicamente por hombres y mujeres-masa, no acepta ni siquiera el *pensar* en la existencia de casos de excepción en los que la evolución no opere, y prefieren violentar la esencia misma del método científico antes de conceder la posibilidad de que la teoría evolutiva termine por ser sólo eso, una *teoría*.

Y como muestra basta cualquier anécdota:

A mediados de los años noventas del siglo pasado en el Tecnológico de Monterrey (campus Ciudad de México) tuvo lugar uno de esos debates diseñados originalmente por Duane Gish⁸ en los que algún “creacionista científico” intenta vapulear públicamente a un científico evolucionista famoso. En aquella ocasión el evolucionista invitado fue el Dr. Antonio Lazcano Araujo, un investigador de la *Facultad de Ciencias* de la *Universidad Nacional Autónoma de México* especializado en el estudio del origen de la vida biológica⁹ y particularmente famoso por haber colaborado con Aleksander Oparin y Stanley Miller.

¡Qué patético espectáculo el observar, por un lado, a un ignoto pastor evangélico recitar versículos bíblicos sin ton ni son, con las ínfulas de un Moisés redivivo, y por el otro, al Dr. Lazcano afirmar cínica y arbitrariamente que las evidencias del proceso evolutivo resultaban ser tan complejas o sutiles que el público asistente no se encontraba capacitado para entenderlas.

¡Ojalá el Dr. Lazcano se hubiese conformado con proponer semejantes sin sentidos! Pero no. En el momento en el que el público asistente llegó al clímax en sus cuestionamientos, al buen Dr. Lazcano no se le ocurrió un argumento más efectivo para demostrar la realidad del proceso evolutivo que espetarle a la concurrencia: “¿Alguna vez se han contagiado de catarro?! ¡Bueno, cada vez que alguno de ustedes se enferma de catarro la evolución queda demostrada!”

Al eliminar, en la práctica, la posibilidad de falsación, de revocación, de ésta o de cualquier otra *teoría* el hombre-masa no sólo invalida la esencia misma del *método* que afirma practicar, sino que además condena a la sociedad occidental a vivir en una nueva era de obscuridad y barbarie.

Y, por favor, que nadie vaya a ver en esta crítica a los evolucionistas dogmáticos un velado apoyo al creacionismo científico o a las escuelas de pensamiento afines: ¡Nada más lejano de mi intención!; porque, como ya señalaba Paul Feyerabend tiempo atrás¹⁰, los defensores del creacionismo no buscan sanear la

⁸ Un famoso bioquímico creacionista egresado de la Universidad de California.

⁹ No, no es un error, mi querido amigo(a)-masa, habemos algunos que creemos en la existencia de otros tipos de vida, además de la biológica.

¹⁰ **Feyerabend, Paul.** *How to Defend Society Against Science* en **Hacking, Ian (Ed.)** *Scientific Revolutions*, Oxford Readings in Philosophy, Oxford University Press. 1981. pp.156-167. (*Revoluciones Científicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992).

práctica científica, sino simplemente substituir los dogmas vigentes en ella por otros más acordes a sus deseos.

Que únicamente a la luz de la evolución la biología contemporánea cobra sentido resulta tan evidente que estoy dispuesto a afirmarlo y a creerlo a pie juntillas, como querría Teodosius Dobzhansky,¹¹ pero, ¿quiere esto decir que *creo* también que cualquiera de los mecanismos evolutivos postulados *realmente actúan hoy* en el mundo biológico? Por supuesto que no; a falta de pruebas, eso sería demasiado ingenuo.¹² No. La visión evolucionista es un buen paradigma, en el sentido propuesto por Kuhn, pero sólo eso. Nada más, pero también nada menos. Si algunos fundamentalistas altamente educados se han dado cuenta de ello y ahora pretenden llevar sus descubrimientos a las aulas de secundaria, ¡tanto mejor para ellos y tanto peor para los evolucionistas dogmáticos!

Sin embargo, no puedo evitar hacer una pregunta de corte fundamentalista a esos fundamentalistas cristianos: los diversos textos bíblicos relacionados con la creación implican necesariamente algún tipo de proceso evolutivo ¿no les parece? De otro modo, como entender, por ejemplo, Génesis 1:24 que literalmente afirma תוצא הארץ. ¿Cómo podría producir la tierra seres vivos - que es lo que dice el texto hebreo en este versículo- sin algún tipo de proceso evolutivo involucrado?

“Hay que salvar los derechos de la inteligencia en esta crisis universal de envilecimiento progresivo...”¹³ escribía Papini en 1916, en el umbral mismo del *Segundo Renacimiento*. Han pasado casi 100 años y no sólo no se vislumbra el estallido de la nueva era de estabilidad, sino que pareciera que la obscuridad y el desconcierto resultan cada vez más abundantes, más intensos, más irremediables.

Frente a semejante panorama, conscientes de la época que nos ha tocado vivir, un grupo de hombres y mujeres interesados en las cuestiones últimas y trascendentes de la existencia hemos creído *indispensable* el oponernos con todo nuestro ser y con toda nuestra capacidad al Imperio abyecto del hombre-masa, por lo menos en el campo de la búsqueda *individual* de las respuestas últimas sobre la existencia humana.

Y para ello creemos que la creación de un espacio electrónico *en español* donde se promueva y apoye esta búsqueda resulta indispensable. Que la búsqueda de respuestas últimas sobre la existencia es la necesidad más básica, más primaria e

¹¹ **Dobzhansky, Theodosius.** *Nothing in Biology Makes Sense Except in the Light of Evolution*, American Biology Teacher 35:125-129. 1973.

¹² Existen múltiples cosas que no sabemos sobre los mecanismos propuestos por las diferentes formulaciones de la teoría: ¿Es la *selección natural* realmente la responsable del cambio evolutivo? ¿La visión adaptacionista propia del neodarwinismo *puede* justificarse empíricamente? ¿Cuál es la *unidad* biológica de selección: el gen, el grupo, la especie? ¿Apelar a unidades mayores que el individuo resulta *coherente* dentro del contexto de la teoría? ¿Resulta necesario el aislamiento geográfico para que el fenómeno de la especiación tenga lugar?, etc.

¹³ **Papini, Giovanni.** *La Paga del Sabato*, Introd. 8.

importante de la vida intelectual –y ello equivale a decir que de la vida toda de un ser humano- debería de resultar obvio. Que en ella se empleen todos los medios e información disponibles en la actualidad debería, por lo tanto, de ser algo obligado.

¡Pero no! Para el mediocre hombre-masa, aferrado como está a su mundo minúsculo de falsas certezas, este tipo de esfuerzos resultan inútiles: “El progreso científico marca sus etapas de mayor pureza al abandonar los factores filosóficos de unificación fácil, tales como la unidad de acción del Creador, la unidad de plan de la Naturaleza, o la unidad lógica. En los hechos, estos factores de unidad que aún actuaban en el pensamiento científico del siglo XVIII no se invocan más. Al sabio contemporáneo que quisiera reunir la cosmología y la teología se le consideraría muy pretencioso.”¹⁴

¡Y sin embargo, la totalidad de la vida de cada hombre y mujer dependen de la consecución *personal* de semejante reunión! Que el abandono de esos “factores de unificación fácil” resulte necesario en el desarrollo genérico de cualquier ciencia, resulta indubitable, pero que invocando semejante principio se trate de fomentar el abandono de este proceso de unificación en el desarrollo mental *individual* constituye una gran aberración. En ello radica, más que en cualquier otra causa, el avance del proceso de barbarización contemporáneo que enfrentamos.

Y es que cada ser humano, de una manera personal e intransferible, necesita realizar la búsqueda del *motivo* y *objetivo* de su vida por *sí mismo*; y necesita hacerlo *desde primeros principios*, contrastando toda la información disponible y llegando a grandes momentos de síntesis –de semi-unificación, si se desea-, que si se realizan seriamente, de manera que realmente lleguen a constituir una *fuentes* de certezas, jamás resultarán sencillos.

No nos parece que exista algo más urgente, algo más necesario para el ser humano de ésta o de cualquier época.

Es por ello que *Expresión Espiritual* surge como una revista electrónica que tiene el propósito específico de contribuir a que cada hombre y mujer hispanohablante posea los recursos necesarios para realizar estas síntesis de manera individual.

“Porque la vida es... un caos donde uno está perdido. El hombre lo sospecha; pero le aterra encontrarse cara a cara con esa terrible realidad y procura ocultarla con un telón fantasmagórico donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que sus “ideas” no sean verdaderas; las emplea como trincheras para defenderse de su vida, como aspavientos para ahuyentar la realidad.

El hombre de cabeza clara es el que se liberta de esas ideas fantasmagóricas y mira de frente a la vida, y se hace cargo de que todo en ella es problemático, y se

¹⁴ Bachelard, Gaston. *Ibíd.*

siente perdido. Como esto es la pura verdad –a saber, que vivir es sentirse perdido –, el que lo acepta ya ha empezado a encontrarse, ya ha comenzado a descubrir su auténtica realidad, ya está en lo firme. Instintivamente, lo mismo que el náufrago, buscará algo a que agarrarse, y esa mirada trágica, perentoria, absolutamente veraz porque se trata de salvarse, le hará ordenar el caos de su vida. Estas son las únicas ideas verdaderas: las ideas de los náufragos. Lo demás es retórica, postura, íntima farsa. El que no se siente de verdad perdido se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad.

Esto es cierto en todos los órdenes, aún en la ciencia, no obstante ser la ciencia de suyo una huida de la vida (la mayor parte de los hombres de ciencia se han dedicado a ella por terror de enfrentarse con su vida. No son cabezas claras; de aquí su notoria torpeza ante cualquier situación concreta). Nuestras ideas... valen en la medida en que nos hayamos sentido perdidos ante una cuestión, en que hayamos visto bien su carácter problemático y comprendamos que no podemos apoyarnos en ideas recibidas, en recetas, en lemas ni vocablos. El que descubre una nueva verdad... tuvo antes que triturar casi todo lo que había aprendido y llega a esa nueva verdad con las manos sangrientas por haber yugulado innumerables lugares comunes.”¹⁵

Sabemos muy bien que el hombre-masa hará lo indecible por denostar este esfuerzo, esta búsqueda. Perdido como está, carente de convicciones sólidas, alcanza a vislumbrar que si otros obtienen mejores respuestas, él tendrá que hacer el esfuerzo de valorarlas, de poner en tela de juicio sus aparentes certezas.

Hace unos veintitantos años, alrededor de 1986, parte del *establishment* científico mexicano intentó impedir que Adolfo García Sáinz (actual director del *Instituto de Fisiología Celular* de la *Universidad Nacional Autónoma de México*) mantuviese cierto ritmo de publicación de artículos de investigación original porque opacaba el ritmo de producción de otros investigadores. Recuerdo que el Dr. García Sáinz escribió una hermosa defensa de su *derecho a trabajar empleando toda su capacidad* en *Prenci*, el boletín mensual del *Centro Universitario de la Ciencia* de la UNAM. Me ha resultado imposible obtener una copia de aquél ejemplar, así que cito de memoria: “Resulta desalentador percatarnos de que poseemos limitaciones; es aún más triste el darnos cuenta de que otros no las tienen o las tienen en menor grado; pero lo que resulta inadmisibile es tratar de hacer pasar nuestras limitaciones por criterios de excelencia.”

No se nos escapa, por supuesto, que tal vez no baste acercar al hombre y a la mujer de habla castellana toda la ciencia, toda la teología y toda la filosofía contemporáneas para conseguir resolver las grandes interrogantes de la existencia; que tal vez “por muy dúctil y adaptable que se haga a la razón, no podrá llegarse con ella a penetrar en todo. La razón es como un nuevo rey Midas,

¹⁵ Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas* II, 7.

que convierte en racional todo cuanto toca, y por eso los racionalistas creen, de buena fe, que todo lo real es racional.”¹⁶

Ya el mismísimo iniciador de la *mirabilis scientiæ*, Renato Descartes, opinaba que “la existencia de Dios...ha sido puesta en duda por algunos, porque concedieron demasiado a la percepción de los sentidos”,¹⁷ y Thomas Carlyle denostaba este tipo de esfuerzos diciendo: “pretendes recorrer tu universo iluminado por el sol de lo que llamas lo *Cierto*, y a la luz de una linterna de lo que yo llamo la *Lógica del Abogado*: “explicarlo” todo, “dar cuenta” de todo o no creer nada; tantear, en lugar de reír. Todo aquel que reconoce lo insondable, el dominio universal del misterio, que se encuentra en todas partes bajo nuestros pies, que es todo cuanto tocamos; todo aquel que ve en el Universo un Oráculo y un Templo, no menos que una Cocina o una Cuadra, no es otra cosa que un místico delirante. Quieres ofrecerle con una caridad irónica tu linterna, y, si te da un puntapié, tú protestas ruidosamente, como si te hubiese injuriado: *Armer Teufel!*”¹⁸

Pero resulta que todos nosotros somos hijos de la modernidad, entendemos el enorme valor del pensamiento racional y concebimos el compromiso racionalista como una revolución *mental* permanente. No podemos renunciar tan fácilmente a tratar de entender, de aprehender la realidad. Y no podemos porque se trata de una *necesidad* vital: “La inteligencia [no] funciona por su propia cuenta...va gobernada por las profundas necesidades de nuestra vida... su ejercicio no es sino reacción a menesteres preintelectuales del hombre... Al descender por debajo del conocimiento mismo, por tanto, de la ciencia como hecho genérico y descubrir la función vital que la inspira y moviliza, nos encontramos con que no es sino una forma especial de otra función más decisiva y básica: la creencia. Esto nos prepara para comprender cómo el hombre puede pasar de una fe a otra y en que situación se halla mientras dura el tránsito, mientras vive en dos *creencias*, sin sentirse instalado en ninguna, por tanto, en sustancial crisis.”¹⁹

Tal vez ninguno de nosotros logre superar, mientras dure este *Segundo Renacimiento*, el tipo de problemas que aquejaron a Jacques Lucien Monod (el autor de la cita sobre la antigua alianza rota)¹ durante toda su vida: “Una noche [Jacques] me dijo: “Uno puede ser racional e inmoral o irracional y moral. Si no logro resolver este dilema en mi vida, permaneceré sufriendo con cualquiera de las dos opciones...”²⁰

¹⁶ **Papini, Giovanni.** *Polemiche Religiose* I.II.

¹⁷ **Descartes, Renato.** *Lettre de l'auteur a celui qui a traduit le livre, laquelle peut icy servir de Preface*, en la obra de **Charles Adams y Paul Tannery** *Oeuvres de Descartes IX. Les Principes de la Philosophie*. Leopold Cerf, Paris, 1904.

¹⁸ **Carlyle, Thomas.** *Sartor Resartus* I.10.

¹⁹ **Ortega y Gasset, José.** *Esquema de las Crisis* citado en **José Ortega y Gasset** *En Torno a Galileo*, Espasa-Calpe, Colección Austral No. 1365, Madrid, 1965. p.10.

²⁰ Citado por **Melvin Cohn** en *In Memoriam*, dentro de la obra de **André Lwoff y Agnes Ullman** (editores) *Origins of Molecular Biology. A Tribute to Jacques Monod*. Academic Press, New York. 1979.

Y aún en ese hipotético caso de incapacidad resolutive, no cederíamos jamás, ni por un minuto, a afirmaciones del tipo: “si una respuesta no puede ser expresada, tampoco cabe expresar la pregunta”²¹ o “uno debe permanecer en silencio sobre aquello de lo que se es incapaz de hablar.”²² (No resulta casual que tantos vean en Wittgenstein al mayor filósofo desde Kant, lo que equivale a decir, al filósofo más importante de este *Segundo Renacimiento*).

El esfuerzo hay que hacerlo, aún sin estar ciertos de los resultados; porque tal vez, al final, seamos capaces de reconocer que no se trataba tanto de *comprender* como de *alcanzar*. “El artista acumula imágenes de lo posible; el científico previsiones de lo probable; el filósofo conceptos de lo real; el creyente, en cambio, *actos de elevación* de un mundo al otro: del mundo humano al mundo divino. La religión no es, para él, oposición entre lo finito y lo infinito, sino más bien ascensión de lo finito a lo infinito... El concepto diferencial de la actividad religiosa frente a las restantes actividades humanas es el de la transformación de lo humano en divino... representado en esta vida por el éxtasis místico, es decir, por el momento más sublime de la experiencia religiosa. El filósofo *te explica* todo este mundo, el creyente quiere *llegar a ser* una parte de *otro* mundo. El que para eso eche mano de medios artísticos, científicos y filosóficos, no significa que la religión se pueda reducir a estos.”²³

Y si es cierto que, como afirma Papini, “para vivir (para creer) es necesario contraponerse a alguien”²⁴ o que, cómo dice Gastón Bachelard, “no le basta al hombre tener razón, necesita tener razón contra alguien”²⁵ entonces nosotros escogemos, en el tiempo que nos queda de vida, contraponernos a esta “cultura” masa del *todo esta resuelto*, donde *nada falta*, y *todo sobra*.

¡ Y les invitamos a hacerlo con nosotros!

***La razón, felizmente incompleta, ya no puede dormirse en la tradición,
ya no puede contar con la memoria para recitar sus tautologías.
Sin cesar, necesita probar y probarse.
Está en lucha con los otros, pero principalmente con ella misma.
Esta vez tiene alguna garantía de ser incisiva y joven.***

Gastón Bachelard²⁶

²¹ Wittgenstein, Ludwig J.J. *Tractatus Logico-Philosophicus* 6.5.

²² Wittgenstein, Ludwig J.J. *Tractatus Logico-Philosophicus* 7.

²³ Papini, Giovanni. *Polemiche Religiose* I. III.

²⁴ Papini, Giovanni. *La Paga del Sabato* XV.1

²⁵ Bachelard, Gaston. *Ibíd.*

²⁶ Bachelard, Gaston. *L'engagement rationaliste*. Presses Universitaires de France, Paris, 1972. (*El Compromiso Racionalista*. Siglo XXI, México, 2003).